

con que censuraban y motejaban á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras personas devotas: de que dimanó revocar á los eclesiásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capacidad de adquirir. No fueron emperadores paganos é impíos los que promulgaron tales leyes, sino religiosísimos y católicos.

»A los santos padres que dan noticia de esta ley, jamás se les ofreció poner en duda la potestad imperial para establecerla... Su amargura consiste en que la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem, dice San Jerónimo.*»

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandaloso, que don Cárlos III lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilación*, en el que se lee: «La ambicion humana ha llegado á corromper áun lo más sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, con varias sugestiones inducen á los penitentes, y lo que es más, á los que están en artículo de muerte, á que les dejen sus herencias con título de fideicomisos, ó con el de distribuir las en obras pías, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones pías, de donde proviene, que los legítimos herederos, la jurisdiccion real y derechos de la real Hacienda quedan defraudados, las conciencias de los que esto aconsejan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo, el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo... Contrayendo la duda á lo particular de algun género de mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los fieles á sus confesores, parientes, religiosos y conventos en la enfermedad de que mueren, por la mayor parte no son libres, ni con las calidades necesarias; ántes bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y engaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en perjuicio de otros parientes suyos y obras más pías; y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes referidos... De esta suerte se asegura el consuelo del donante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones, sugestiones y fraudes con que le turban y truecan la voluntad contra la afeccion dictada por la naturaleza en favor de la propia familia.»



ROMANCE UNDÉCIMO

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Romancero del Cid

BRILLA la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernál, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Burgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Asturias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablones, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman,

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aún fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al ménos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el són de atabales y de trompas,
Del Conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-Gonzalez,
Y alto sillón bajo el dosel ocupa,
A su diestra un asiento el Arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detrás los Ricos-hombres,
Los Prelados y Alcaldes, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arneses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atención más reverente y muda,
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que ahogado el pecho de mortal angustia,

Aunque seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Salas á su lado el Arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados también, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que ántes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velazquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobeses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

—Baja el maestro del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran.

Un rey de armas despues bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el són de timbales y añafles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arneses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las ligeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y hácia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luégo asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece...
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivos, que hasta el cielo cunden
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los varios matices de las flores.
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante: rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una ligera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumía
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordón verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Giafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Árbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Zaide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo;
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Salas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del más vivo interés, de la más pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luégo á su padre
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrara,
Despues que su comparsa taciturna
Detrás de las barreras se retira,
Queda solo con Zaide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aún no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velazquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el Conde, el Arzobispo y Ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudán.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velazquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quiebras de la montaña, Rui-Velazquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velazquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculca,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y aún algunos
De las dos combinar pretenden una;

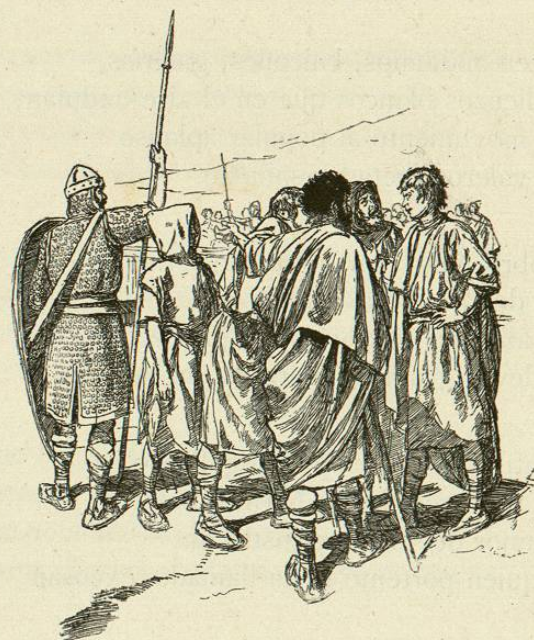
Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velaz-
Que iba en un alazan, y en la espesura (quez,
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el Abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan, en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,



Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los varios pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velazquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunque tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio; y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velazquez
Gozaba dulce sueño: que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura:

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo de beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traía;
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusán,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto en dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa,

Y aún hay quien su opinion ciego sostiene,
Aún más que con razones con injurias.
En el balcon del Conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el Arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velazquez,
A recoger noticias más seguras.

—En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No hácia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velazquez á la lid, se escucha,
Sino hácia la siniestra que es el lado
De que los moros cordobeses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La expectacion hácia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

—Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunque es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Zaide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan;

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrepito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa